



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI A LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE BENÍN EN VISITA "AD LIMINA"

Jueves 20 de septiembre de 2007

Queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio:

Me alegra acogeros mientras realizáis vuestra visita *ad limina*, manifestación de comunión entre los obispos y la Sede de Pedro, y medio eficaz para responder a la exigencia de conocimiento mutuo que brota de la realidad misma de esta comunión (cf. *Pastores gregis*, 57). El presidente de vuestra Conferencia episcopal, monseñor Antoine Ganyé, me ha presentado en vuestro nombre algunas realidades de la vida de la Iglesia en Benín; se lo agradezco cordialmente.

A través de vosotros, quiero saludar con afecto a todos los miembros de vuestras comunidades diocesanas: a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas, a los seminaristas, a los catequistas y a todos los laicos, invitándolos a crecer en la fe en Jesús, único Salvador de los hombres. Os ruego que transmitáis también mi saludo afectuoso al querido cardenal Bernardin Gantin. Por último, a todos los habitantes de Benín les expreso mis mejores deseos para que prosigan valientemente su compromiso con vistas a la construcción de una sociedad cada vez más fraterna y respetuosa de cada persona.

En los últimos años habéis dado prueba de una gran valentía evangélica al guiar al pueblo de Dios en medio de las numerosas dificultades que ha atravesado vuestra sociedad, mostrando así vuestro interés pastoral por las grandes cuestiones que ha tenido que afrontar, en particular en el campo de la justicia y de los derechos humanos. En todas esas situaciones habéis propuesto sin cesar la enseñanza de la Iglesia fundada en el Evangelio, suscitando así la esperanza en el corazón de vuestro pueblo y contribuyendo a mantener la unidad y la concordia nacionales.

Ante los numerosos desafíos que se os presentan hoy, os animo vivamente a desarrollar una auténtica espiritualidad de comunión, para "hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la*

comuni3n" (*Novo millennio ineunte*, 43). En efecto, esta comuni3n que los obispos est1n llamados a vivir ante todo entre s3, para encontrar en ella fuerza y apoyo con vistas a su ministerio, favorece el dinamismo misionero, "garantizando siempre el testimonio de la unidad para que el mundo crea, y ampliando la perspectiva del amor para que todos alcancen la comuni3n trinitaria, de la cual proceden y a la cual est1n destinados" (*Pastores gregis*, 22).

Os invito a desarrollar tambi3n esta comuni3n en vuestro *presbyterium*, ayudando a los sacerdotes, con la calidad de las relaciones que entabl1s con ellos, a asumir plenamente su ministerio sacerdotal. Quiero alentar vivamente a cada uno a mantener en su vida apost3lica un equilibrio que d3 a una intensa vida espiritual el lugar que le corresponde, para crear y fortalecer una relaci3n de amistad con Cristo, a fin de servir generosamente a la porci3n del pueblo de Dios que se le ha confiado, as3 como al anuncio del reino de Dios a todos. Entonces el Evangelio se har1 presente de forma concreta en la sociedad. De acuerdo con la sabidur3a de la Iglesia, tambi3n han de saber discernir en las "tradiciones" de su pueblo el bien verdadero, que permite crecer en la fe y en un aut3ntico conocimiento de Dios, y rechazar lo que est1 en contradicci3n con el Evangelio.

Por otra parte, vuestras relaciones quinquenales muestran que la influencia de las tradiciones sigue estando a3n muy presente en la vida social. Aunque deben incentivarse sus aspectos positivos, es necesario rechazar sus manifestaciones que perjudican, alimentan el temor o excluyen a los dem1s. La fe cristiana debe inculcar en los corazones la libertad interior y la responsabilidad que nos encomienda Cristo ante los acontecimientos de la vida.

As3 pues, una s3lida formaci3n cristiana ser1 un apoyo indispensable para ayudar a los fieles a confrontar su fe con las creencias de la "tradic3n". Esta formaci3n tambi3n debe permitirles aprender a orar con confianza, para permanecer siempre cerca de Cristo, y en los momentos de dificultad, encontrar apoyo en las comunidades cristianas a trav3s de los signos efectivos del amor de Dios, que hace libres. En esta ardua tarea, la colaboraci3n de los catequistas es una aportaci3n valiosa. Conozco su entrega y la atenci3n que dedic1s a su formaci3n y a permitirles llevar una vida digna. Los saludo cordialmente, expres1ndoles la gratitud de la Iglesia por su compromiso a su servicio.

Queridos hermanos, en vuestras di3cesis los institutos de vida consagrada aportan una generosa contribuci3n a la misi3n. Los religiosos y las religiosas han de conservar siempre el coraz3n y la mirada fijos en el Se3or Jes3s, para que, mediante sus obras y la entrega total de s3 mismos, comuniquen a todos el amor de Dios que reciben en su propia existencia. Al servir, sin distinc3n, a los m1s necesitados de la sociedad, que es un compromiso esencial para la mayor3a de ellos, jams3 se debe dejar de lado a Dios y a Cristo, que es oportuno anunciar, sin querer imponer la fe de la Iglesia. "El cristiano sabe cu1ndo es tiempo de hablar de Dios y cu1ndo es oportuno callar sobre 3l, dejando que hable s3lo el amor" (*Deus caritas est*, 31).

Invito también a los miembros de las comunidades contemplativas a seguir siendo, con su presencia discreta, una llamada permanente para todos los creyentes a buscar sin cesar el rostro de Dios y a darle gracias por todos sus beneficios.

En el contexto cultural de vuestro país, es necesario que la presencia de la Iglesia se manifieste mediante signos visibles que indiquen el sentido auténtico de su misión entre los hombres. Entre estos signos, las celebraciones litúrgicas fervorosas y entusiastas ocupan un lugar eminente. Son un testimonio elocuente de fe dado por vuestras comunidades en el corazón mismo de la sociedad. Por tanto, es importante que los fieles participen en la liturgia de manera plena, activa y fructuosa. Para favorecer esta participación, es legítimo aceptar ciertas adaptaciones adecuadas para los diversos contextos culturales, respetando las normas establecidas por la Iglesia.

Sin embargo, para que no se introduzcan en la liturgia elementos culturales incompatibles con la fe cristiana o acciones que fomentan la confusión, debe proporcionarse a los seminaristas y a los sacerdotes una sólida formación litúrgica, permitiendo la profundización del conocimiento de los fundamentos, del significado y del valor teológico de los ritos litúrgicos.

Por lo demás, la presencia de la Iglesia en la sociedad se manifiesta también a través de las intervenciones públicas de sus pastores. En diversas ocasiones habéis defendido valientemente los valores de la familia y el respeto a la vida, cuando estaban amenazados por ideologías que proponían modelos y actitudes opuestas a una concepción auténtica de la vida humana. Os animo a proseguir este compromiso, que es un servicio a toda la sociedad.

Desde esta perspectiva, también la formación de los jóvenes es una de vuestras prioridades pastorales. Quiero alabar aquí el trabajo realizado por todas las personas que contribuyen a su educación humana y religiosa, en particular en la enseñanza católica, cuya calidad es ampliamente reconocida. Al ayudar a los jóvenes a adquirir una madurez humana y espiritual, haced que descubran a Dios, haced que descubran que en la entrega de sí mismos al servicio de los demás llegan a ser más libres y más maduros.

Por otra parte, los obstáculos que encuentran para comprometerse en el matrimonio cristiano y para vivir con fidelidad los compromisos asumidos, obstáculos a menudo relacionados con su cultura y sus tradiciones, no sólo exigen una seria preparación para este sacramento, sino también un acompañamiento permanente de las familias, particularmente en los momentos de mayor dificultad.

Por último, quiero expresaros mi satisfacción al constatar que, en general, las relaciones entre cristianos y musulmanes se desarrollan en un clima de comprensión recíproca. Por eso, para evitar que se produzca cualquier forma de intolerancia y para prevenir cualquier violencia, conviene promover un diálogo sincero, fundado en un conocimiento recíproco cada vez más verdadero, en especial mediante relaciones humanas respetuosas, un entendimiento sobre los

valores de la vida y una cooperación mutua en todo lo que promueve el bien común. Este diálogo exige también preparar personas competentes para ayudar a conocer y a comprender los valores religiosos que tenemos en común y a respetar lealmente las diferencias.

Queridos hermanos, al concluir nuestro encuentro, os animo a proseguir vuestra misión al servicio del pueblo de Dios en Benín, viviendo cada vez más intensamente el misterio de Cristo. No tengáis miedo de proponer la novedad radical de la vida traída por Cristo y ofrecida a todos los hombres para realizar su vocación integral.

Os encomiendo a cada uno de vosotros a la intercesión materna de María, Reina de África. Que ella interceda por los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, los seminaristas, los catequistas y los fieles de cada una de vuestras diócesis. A todos imparto de corazón una afectuosa bendición apostólica.